

con que al hogar celebran sus mujeres.

Pisaremos la playa, y fletaremos la embarcación más débil...

—¿Dónde vas, marinero temerario? El mar, ronco de rabia, se estremece, y sobre el dorso de las olas chocan los tiburones sus voraces dientes—nos gritarán los viejos pescadores desde la humilde choza, mientras tejen en torno del hogar, junto a los hijos, la destrozada urdimbre de sus redes...

En la ligera embarcación iremos donde el espricho de la mar nos lleve; y entre el rugir del viento y de las olas, á todo amor humano indiferentes, —náufragos del hogar entonaremos nuestros epitafios á la Muerte.

FRANCISCO VILLASPESA.

CUENTO

EL GOLFO

Aquel día estaba de enhorabuena: el pobre pilluelo no cabía en sí de gozo. La alegría inundaba todo su ser, porque un generoso donante—algun filántropo, sin duda—había socorrido al golfo que imploraba la caridad pública, con un duro, limosna que volvió casi loco al trahante.

Había sido al anochecer de un día de invierno en que los transeúntes cuidaban más de su propia comodidad y abrigo, que del frío que recibieran sus semejantes. El golfo, con el bote de las colillas en una mano, descalzo, cubiertas sus carnes con unos miserables harapos, pisaba las mojadas losas de la calle y sufría las inclemencias de aquel día. Como había vendido todo el papel de la mañana, y vagaba por la capital desocupado, dedicóse á implorar la caridad pública. Esta *ocupación* obtuvo el resultado más lisonjero que pudiera apetecerse, pues aparte de unos céntimos prodigados por una caritativa mano, recibió el donativo aquel de cinco pesetas.

El compasivo donante, al practicar la hermosa acción, le dijo:

—Toma, para que puedas dormir esta noche bajo techado.

Pero en lo que menos pensaba el pillete era en esto. Abizado á todas las temperaturas, el sol en el estío y las heladas y crudas noches en el invierno, le importaba poco dormir aquella noche á la intemperie, en el quicio de la puerta de cualquier edificio.

Y así lo hizo: el frío arreciaba con más fuerza: las calles estaban desiertas.

El muchachuelo, apretando el bote entre sus manos—pues tenía se le extraviara, porque en el fondo había depositado el duro—y mirando recelosamente á su alrededor, se dirigió á uno de los hoteles del solitario barrio del Hipódromo, con el fin de pasar allí la noche. Temía que, al dormir en el centro de la capital, fuese robado por sus compañeros.

Como no tenía ningún ser que le amara en esta vida, una mujer que le estrechara entre sus brazos amorosamente y á quien él diera el dulce nombre de madre—pues era un hijo anónimo, abandonado por sus despiadados padres—alimentábase con los de su casa y dormía en cualquier parte.

Los cálculos y proyectos que forjaba en su imaginación; las compras que pensaba realizar con aquella para él enorme cantidad, le abismaron en sus cavilaciones y, durante el camino, ni oyó las voces de los conductores de vehículos que le voceaban se apartara para no ser atropellado, ni sintió impresión alguna al recibir por el paseo de la Castellana las glaciales ráfagas de la helada ventisca de la sierra.

Llegó á un hotel, y pareciéndole adecuada para que una de las rincónadas le sirviera de *lecho*, sin exposición probable á ser robado por sus *colegas*, acomodóse lo mejor que le fué posible, y al poco rato durmióse profundamente, abrazando con ambas manos el bote, halagado con las cábalas y proyectos que pensaba ejecutar con la cantidad tan inesperadamente recibida.

Al día siguiente, la pareja de seguridad que estaba de servicio por aquel sitio, encontráse con un chichuelo que, recostado en un ángulo de la puerta, permanecía inmóvil. Sorprendiéndose los guardias de la inactividad de aquel muchacho, uno de ellos lo sacudió y zandando bruscamente con objeto de despertarle, más el cuerpo del chico, inerte y rígido, le dió á entender que era cadáver.

La helada de la noche hizo presa en aquél débil ser, que á pesar de hallarse acostumbrado á tales inclemencias, murió en la rincónada de una puerta.

Al levantar el cadáver, se vió que las manos agarrotadas y yertas del que fué golfo, oprimía un bote lleno de colillas, y al que como cosa corriente que es entre los pilluelos, no se le concedió importancia.

Mas los guardias y demás personas presenciales de aquella trágica esce-

na, ignoraban que aquel bote, aquella miserable é insignificante hojadelata, encerraba un *grandioso* tesoro para el feliz muchachuelo, y que además contenía muchas ilusiones y esperanzas que la helada, cruel, había desvanecido.

EMILIANO RAMÍREZ.

Sombreros Panamá.

El verano último hizo su aparición en Londres el llamado sombrero Panamá, prenda que hoy se ha generalizado hasta el punto de que no hay elegante que no tenga un ejemplar en su vestuario.

El rey Eduardo, juez supremo en cuestión de modas, apareció un día con el sombrero Panamá, y ocioso es decir el afán con que los más aristocráticos «gentlemen» imitaron el ejemplo de su augusto soberano. Pronto se supo que el sombrero del rey había costado 90 libras, esto es, 2.200 pesetas sin el cambio, y aunque el precio pareció á muchos exorbitante, aún hubo quien lo superó, como el tenor Jean de Reszke, el cual dió por su Panamá 120 libras (3.000 pesetas.)

El comerciante que envió el Panamá para el rey Eduardo, tiene su establecimiento en Bond Street, en Londres; pero otro sombrero de aquella ciudad, pleado, sin duda, por el éxito de su colega, puso en su escaparate otro Panamá, bajo el cual se leía: 140 libras, precio que no tardó en abonar un infeliz mortal que puede permitirse el lujo de satisfacer por un capricho pasajero de la moda hasta 3.500 pesetas.

Este precio exorbitante del sombrero Panamá se explica sabiendo que se fabrica de hierba que sólo se cría en Guayaquil, ciudad de Ecuador; en Colombia y un poco en el Sur de África. Para tener esta menuda hierba se necesita el trabajo delicado é inteligente de una mujer, y como la labor ha de hacerse al sol, la vista se cansa de tal manera al tejer aquellas finísimas hebras, que apenas de quedarse ciega, la operaria no puede trabajar más que una hora al día.

Mujeres son también las que cogen esa hierba donde se cría, y una voz arrancada, la mojan, á fin de poder manejarla bien. Cuando la paja es de las más finas, la mujer, como hemos dicho, no trabaja más que una hora al día; pero en paja algo más gruesa, su labor dura hasta seis horas, y de aquí el precio enorme del sombrero, debiendo también tener en cuenta que los jornales de las mujeres son bastante crecidos, y que se necesitan á veces meses enteros para hacer un Panamá de los de primera clase. Para conceder á un Panamá la categoría de primera clase, se somete á varias pruebas, tales como la de plegarlo en todos sentidos; sin que sufra el menor deterioro; poderlo pasar por el aro de una servilleta: esta clase de sombreros es eterna

y su comprador puede estar seguro de que no ha de necesitar otro igual mientras viva.

En Londres se ha establecido una fábrica de sombreros de Panamá, única que hasta ahora existe allí, y en ella se da trabajo á muchas mujeres. Esta fábrica, importa directamente la hierba del Sur de África, donde la libra cuesta 5 chelines y medio, y en donde crece á una altura que á veces llega á dos pies; sin embargo, su longitud usual es la de 42 centímetros.

El fabricante que ha importado en Londres la industria de confeccionar los sombreros Panamá, llámase Mr. Marks, y sus esfuerzos han sido premiados por el Lord Mayor con el título de ciudadano libre de Londres, honor que allí se estima mucho.

En dicho establecimiento hay actualmente expuesto un Panamá, en el cual, según indica un letrero, ha invertido una mujer en fabricarlo nueve meses, no bajando en él más que tres cuartos de hora al día. Su finura y elasticidad son tales, que puede casi ocultarse en la mano como un pañuelo de batista.

Los sombreros más baratos que allí se expenden son de 16 chelines, unas 20 pesetas; pero por 2 libras y 2 chelines, 52 pesetas y media, se puede obtener un buen ejemplar.

Mr. Marks ha constituido una Sociedad bajo el nombre de Panamá-Hat Company (Compañía del sombrero Panamá), y se propone extender su industria á Irlanda, dando labor á aquellas mujeres, de cuyo muy habilidosas, y que fácilmente podrían ganar 9 chelines por semana. Este proyecto ha merecido la más alta aprobación, felicitando calurosamente por ello á Mr. Marks el alcalde de Londres, el Lord Mayor.

Una vez que el sombrero ha salido de manos de la operaria, se le blanquea por un procedimiento químico; después, es llevado al departamento donde están las prensas, y allí, por medio de motores hidráulicos, una máquina redondea la copa é imprime al sombrero la forma que ha de tener. Inmediatamente en otro departamento se coloca en el interior del Panamá una tira de cuero y con una cinta negra en el exterior halláase terminado este sombrero que han adoptado con entusiasmo los elegantes, en vista de su ligereza inverosímil y como un descanso á los pesados sombreros de fieltro y de copa.

Noticias

Esta mañana á las 12 ha fallecido en esta capital, la respectable señora Doña Francisca Palacios, tía política de nuestro estimado amigo el director de *La Tribuna*, D. Leopoldo Acosta.

Adornaban á la anciana fallecida grandes virtudes y durante su larga vida de 86 años practicó constantemente la caridad.

Ved alzarse de nuevo la mezquita que hundió tal vez demoledor ariete; oíd la voz con que á rezar invita el muecín subido al minarete. Mirad al moro en quien la fé palpita, como ante Alhí se humilla y se somete y hacia el suelo inclina la cabeza, la cotidiana preza ferriente reza.

Ahora ved la escultura encantadora, el tipo de belleza peregrina, que un cielo de delicias atesora, que modeló su sér mano divina, atónitos mirad la mujer mora, que la noche del África ilumina y que del fondo del pasado oscuro, hago surgir por mágico conjuro.

Allí está en los sombríos paredones de la estrecha y revuelta callejuela, que del árabe fueron las mansiones en siglos que habitó la Lentejuela. En un muro contemplo sus facciones, allí su bella sombra se revela y un resplandor fosfórico ilumina, los ojos de la antigua mogrebina.

Aquí olvidó sus hábitos guerreros y cultivó la tierra labrantía, mostrando al Castellano los veneros de riqueza que aquel desconocía. Del descanso en los ratos placenteros larga rienda le dá á su fantasía; pasa oyendo contar noches enteras leyendas pasionales y guerreras.

Cuántas veces donde hoy es Lentejuela, en las casas que el árabe habitaba el *Imán* moduló la cantinela que el relato fantástico empezaba. Poesía que en canto se revela, y el *Imán* ante un grupo recitaba, en él los moros con los ojos fijos sin perder los detalles más prolijos.

Oyen la historia edificante y bella de un pobre beduino hospitalario, que al viajero que torció su huella y no sabe seguir su itinerario, lo acoge y sacrifica la camella, alarde generoso innecesario, que con la leche que la bestia daba, pudo templar la sed del que llegaba.